

**SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR - MISA DEL DÍA**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**25 de diciembre de 2012**  
**Is 52, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18**

La liturgia, hermanos y hermanas, nos propone esta mañana resplandeciente de Navidad, contemplar delante del Niño del pesebre el inicio del evangelio según san Juan, que es una meditación teológica y poética sobre la venida de Cristo al mundo. A medida que el diácono lo iba cantando, pasábamos de la eternidad de Dios -cuando *en el principio*, antes del tiempo, *ya existía la Palabra, y la Palabra era Dios*- a la creación del universo hecha por medio *de la Palabra*; una creación en la que cada cosa creada es testimonio del poder, de la sabiduría y del amor de Dios Padre. Esta creación culmina en el ser humano, obra maestra de todo lo que *se ha hecho* y llamado a participar de la *Vida*, de la *Luz* y de la *Verdad* que tiene el que es la Palabra, el Cristo Hijo de Dios. La perspectiva que nos abre este inicio del evangelio es esplendente, el plan que nos presenta es grandioso. Y el amor divino que lo sostiene todo es inmenso.

Tras referirse a la creación, el canto del diácono continuaba. El conjunto de la humanidad no había sabido reconocer la *Palabra* divina en el mensaje del universo que se desplegaba a sus ojos. Y, por ello, en un momento determinado de la historia humana, *la Palabra se hizo carne*; dentro de la inmensidad del universo, vino a nuestro planeta y naciendo de la Virgen María se hizo compañero de ruta de cada ser humano. Débil como nosotros, necesitado del cuidado de los otros como nosotros, ansioso de amor como nosotros, sediento de justicia como tantos, capaz de amar como un hombre, mortal como nosotros. Que todo esto y más significa el hecho de que vaya a *acampar entre nosotros*, el hecho de ser uno más del gran campamento de la vida, viviendo en el anonimato la mayor parte de su existencia, luchando en el día a día contra tantas adversidades como hay que afrontar. Este compañero en la ruta de la historia parecido a nosotros, pero que no deja nunca de ser eterno, creador, infinito. No deja de ser Dios, pero lo es de una manera que la humanidad pueda abarcar en la sencillez de vida y en la humildad de corazón. En el hijo de María, nacido en la pobreza del pesebre de un establo, la mirada de fe del creyente, tal como continuaba diciendo el diácono en su canto del evangelio, sabe descubrir la *gloria* de Dios, el *Hijo único*, que -a pesar de ser los brazos amantes de su Madre- *está en el seno del Padre*.

Estamos invitados a contemplar con agradecimiento la grandeza de la Navidad cristiana, que comprende tanto la realidad infinita de la vida divina como la realidad de Belén que pasó desapercibida a los ojos de la inmensa mayoría de la humanidad. Pero son ambos aspectos los que inseparablemente hacen la Navidad: Dios que viene a habitar en medio de la humanidad, pero que lo hace haciéndose niño accesible a todos, particularmente a los hombres y mujeres de corazón sencillo.

Esta realidad tan divina y tan humana es la que quieren expresar nuestros pesebres. La tradición multiseccular suele poner un buey y una mula acompañando al Niño Jesús. Este año, los medios de comunicación y a propósito de una mala lectura de un texto del Papa, se han hecho eco de un falso debate sobre la presencia de estos dos animales en el pesebre. Evidentemente, la narración de la encarnación de Aquel que es la Palabra que acabamos de escuchar no habla de ello. Tampoco habla el relato del nacimiento del santo evangelio según san Lucas que leíamos esta noche pasada, aunque la referencia al pesebre podría sugerir la presencia de animales de establo (cf. Lc 2, 7). Pero, como he dicho, hay una tradición muy constante de poner el buey y la mula cerca del Niño. Y esta tradición tiene una base teológico-espiritual que constituye toda una llamada a la fe en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Tenemos

que ir al inicio del libro de Isaías para encontrar el sentido de la presencia de estos dos animales, el profeta dice: *el buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende* (Is 1, 3). En otras palabras nos lo decía el evangelista san Juan a propósito del Verbo: *el mundo no la conoció... los suyos no la recibieron*. Pero quienes se han abierto a la fe, evocados por el buey y por el asno de la profecía, saben reconocer a su Señor, el *Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Y lo saben reconocer en la pequeñez del hijo de María. El buey y la mula del pesebre, pues, representan a la luz del profeta, a todos los que en cualquier parte *han acogido* a Jesucristo y se han dejado iluminar por su *Luz*. Para nosotros, pues, son una llamada a renovar la fe en el Hijo de Dios hecho hombre. Y por eso los necesitamos en el pesebre, como un recuerdo, como una afirmación, como una invitación a acoger y adorar el misterio de la encarnación.

El final del texto evangélico que nos ha cantado el diácono contemplaba la comunidad de los creyentes en Jesucristo; los veía como participantes de la gracia y de la verdad que él posee en plenitud. A quienes acogen a Jesús con fe, él les hace conocer la forma de ser y de hacer de Dios en una relación íntima que pide la apertura del corazón, la docilidad de la voluntad y la correspondencia del amor. Un amor a Dios que, para que sea auténtico, hay que extender al prójimo. Para hacerlo concreto en esta Navidad, os proponemos colaborar en la colecta que haremos al final de la celebración, destinada a Cáritas, que ve como a medida que crece el impacto de la crisis y para muchos se va haciendo crónica la pobreza, se multiplican de forma dramáticamente creciente las peticiones de ayuda que recibe.

Hemos contemplado ante del Niño del pesebre el inicio del evangelio según san Juan. Ahora al proclamar el Credo nos arrodillaremos para adorar, con más intensidad si cabe en este año de la fe, el misterio de la humanidad del Hijo de Dios, la Palabra eterna del Padre. Y luego nos centraremos en el altar. Aquel que "por obra del Espíritu Santo se encarnó de la María, la Virgen", por obra del mismo Espíritu se hará realmente presente en el Sacramento del Pan y del Vino. La realidad de Cristo, Dios y hombre verdadero, proclamada en el Evangelio, y que de alguna manera queda simbolizada en el pesebre, se hará presente y operante en la Eucaristía para que de *su plenitud* recibamos *gracia tras gracia*.